

Vivir una época

■ Es muy corriente escuchar a una persona decir que le habría agradado vivir en tal o cual época de la humanidad. A través de la lectura de la historia, de la observación de sus obras de artes, de la síntesis que da la perspectiva del tiempo, el observador actual se ha formado conciencia y opinión de los valores que prevalecían en las diferentes etapas por las que ha pasado la civilización y, en virtud de esa conciencia, tiene la sensación que se podría haber realizado mejor en una época pretérita.

Sin embargo, cuando se acude al testimonio directo de quienes han vivido una determinada época, observamos que muy pocas veces se exhibe en esos testimonios la conciencia de esas características que los historiadores, siglos después, han señalado como representativas del período. El hombre de la Edad Media no sabía que estaba viviendo la Edad Media. El hombre de la era industrial no tenía cabal conocimiento de la revolución que ocurría en su alrededor. Es natural que así sea. Se requiere la mirada retrospectiva para analizar un período de la humanidad y caracterizarlo con constantes que se van dando en el tiempo.

El hombre contemporáneo no se salva de esta ignorancia. El sabe que en los últimos cincuenta años —por indicar un espacio de tiempo— se han producido cambios que han trastocado valores y conceptos, pero el aqulitamiento de cuáles son ellos y cómo se insertan dentro de la historia, no está en sus manos hacerlo. Sólo le están permitidas la hipótesis, las aproximaciones a ciertas verdades que se les escurren de las manos tan pronto quiere atraparlas.

Cabe preguntarse si el hombre que hoy tiene cincuenta años de edad ha vivido siempre en lo que mañana se llamará una época o si, por el contrario, ha presen-

ciado la extinción de una y el nacimiento de otra. Y por más que se pregunte y trate de encontrar la respuesta desfilando los signos de su tiempo, le será imposible saberlo porque quienes ordenarán nuestra época, fijarán puntos de partida y de llegada y darán los nombres, son hombres que aún no han nacido.

Hay un hecho sin embargo que inquieta y sobresalta. Una pregunta que a uno le asalta. Si mañana, ordenado el rompecabeza que es nuestro presente, no descubriremos un cuadro tan atractivo que hubiéramos dado cualquier cosa por vivir la época que efectivamente vivimos y que no sabíamos que estábamos viviendo.

Los contemporáneos de Cristo ignoraban que en ese momento la humanidad estaba dando su vuelco más espectacular; los hombres del Renacimiento apenas intuían que vivían el momento más resplandeciente de la creación artística y que tal explosión creativa no volvería a repetirse.

¿Qué es lo que estamos ignorando los hombres de hoy? ¿Qué fiesta es la que se está celebrando en nuestras barbas y de la que no nos enteramos aún? ¿Con qué luz se iluminará mañana este decorado que nos toca vivir y que hará que, muchos años más tarde, haya gente que asegurará que le hubiese fascinado vivir en la segunda mitad del Siglo XX?

La historia es, en definitiva, la película ya terminada, con su argumento bien trazado, sus protagonistas, actores secundarios y extras ya determinados, sus créditos y hasta su campaña publicitaria, mientras que la vida es la filmación de la película hecha por un director que se desconoce y en la que uno es un extra que no sabe qué rol se le ha asignado.

Lo lamentable es que la película siempre se estrena después que uno se ha muerto.

PARTIQUINO

LA SEGUNDA